

CONCIERTOS DE MUSICA

por Alfonso LENG



El público se ha ido habituando a las nuevas tendencias, aún cuando no las acepte o comprenda íntegramente; les da, sin embargo, un crédito anticipado basándose en el prestigio de las diversas "élites" de todo el mundo.

La búsqueda de lo nuevo constituye el acento principal, lo que es sin duda natural y justo ante períodos tan largos de repetición de lo ya han expresado tan admirablemente los genios del pasado. Pero esto tiene también su aspecto patológico evidenciado en la Torre de Babel de lenguajes, a veces incomprensibles, en los que el hallazgo significativo prima sobre la coherencia y lógica indispensables para captar el contenido que debería existir, el cual es reemplazado a menudo por sólo elementos curiosos e inconexos.

Este defecto se transforma en cualidad, pues confiere a dicha

obra la necesaria dificultad de comprenderla, con lo cual pasa de inmediato a ser juzgada como moderna, merecedora por esta causa de una respetuosa admiración, en que la técnica, para hilvanar las ideas más pueriles viste de importancia a lo que en su esencia es banal. El auditor se confiesa incompetente, temeroso de que suceda lo que en otras ocasiones con genios incomprensidos en su época. Esto sucede más a menudo de lo que se cree, y ha traído un estado de confusión que pone a prueba el criterio de un público que acepta sin comprender, y conduce al engaño del compositor que cree así haber encontrado un camino que le resulta fácil para figurar entre los avanzados.

A este desec de cambiar, contribuye la sobresaturación musical en los audios de conciertos, discos, radios, por la incansable repetición de los grandes autores de los últimos siglos; los concertistas presentan invariablemente año tras año, los mismos programas de obras que ya para muchos siguen siendo grandes, pero han perdido su eficacia como estímulos estéticos.

Es indudable que la producción magnífica de Strawinsky, Alban Berg, Hindemith y de otros justifica sobradamente el entusiasmo que existe por la producción musical contemporánea, porque en ellos se evidencia la personalidad inconfundible, la fisonomía clara de su credo estético, sin nebulosidades, sin eso que es y no es, como para que al no verse claro se juzgue mejor. Sin embargo, son vías que al continuarlas hacen peligrar nuevamente el postulado de originalidad tan querido de las "élites" actuales, las que prefieren no transigir con la repetición de lo pasado y persistir en la búsqueda de nuevos elementos, que los genios del futuro sabrán seguramente aprovechar con un sentido más profundo de lo que es el arte, con menos pretensión y vanidad. Como lo hizo Bach, quien no inventó nada nuevo que no hubiera sido ya usado por sus contemporáneos o predecesores. El acento de su obra imperecedera está en la gran jerarquía de sus imágenes musicales y en la perfección técnica para darles su más fiel y profunda expresión.

Es cierto que, al hacer el balance de este último período, algunos elementos musicales han ganado, especialmente el ritmo. No así la armonía que después de su enriquecimiento impresionista, expresionista, politonalismo se ha tornado ahora monótona con el dodecatonismo.

Una natural desorientación se ha producido entre algunos compositores ante la diversidad de escuelas intransigentes, de élites que reclaman su primacía con triunfos efímeros, más la actitud de públicos que ya no saben qué actitud asumir y aplauden todo para no equivocarse.

A las mayores audacias sin sentido, se dice: ¿y por qué no? ¿Quién define el límite? Es un problema semejante al de la conciencia ante el bien y el mal. Hay una voz interior que va más allá de nuestros conocimientos y de nuestras reflexiones conscientes. Porque algún límite ha de haber, por relativo que sea, o habría que admitir que los opuestos valores estéticos, en lo que hasta hace poco todo el mundo estaba de acuerdo, ahora se han igualado con el borrar jerarquías tan de moda.

Sólo la vuelta a escuchar la voz interior de autenticidad, que no impide descubrir nuevos horizontes, sin temor de poder utilizar todos los recursos acumulados durante siglos, en una constante actitud de superación espiritual y técnica, sin pretender descubrir continentes, ni agradar a grupos determinados y de sólo reflejar fielmente las imágenes que reclaman la vida, que se identifican con nosotros mismos, se obtendrá el coeficiente diferencial que, por pequeño que sea, vale más que una originalidad sin sentido. Mientras se es más sí mismo más fácilmente se encuentra eco en los espíritus afines, ya que es imposible encontrarlo en todos.